

ANDRÉS TRAPIELLO

SERÉ DUDA

SALÓN DE PASOS PERDIDOS
UNA NOVELA EN MARCHA

PRE-TEXTOS **CONTEMPORÁNEA**

«Por doquiera que el hombre vaya lleva consigo su novela.»

Fortunata y Jacinta, I, 3, III

PRÓLOGO SENTIMENTAL

A MENUDO M., o un amigo, me pregunta de qué trataba tal o cual viejo tomo de este *Salón de pasos perdidos*, o de qué tratará el próximo. Casi nunca lo recuerdo. Sólo puedo enumerar tres o cuatro asuntos de él si tengo reciente la lectura de unas pruebas de imprenta del último. Jamás los he releído, ni parcialmente, como tampoco miro fotos mías del pasado. Si por azar cae una en mis manos, fotografía, página, la veo como si fuera de un extraño, sin reconocirme del todo. En mi memoria el pasado está confuso. Me ha quedado la sensación, no obstante, de que estos libros son en todo caso más fiables que mi memoria. Me asalta entonces la fantasía de vivir de otro modo, ya que no se ve uno capaz de escribir otras cosas, o fiarlo a la suerte: que con el tiempo estos libros sean mi pasado, todo lo que viví, todo lo que no viví y todo lo que quise vivir y no pude, igualado al fin en un solo sueño.

Algunos les han reprochado a estos libros ser demasiado largos. Es verdad: y tampoco pensé nunca que llegaría a ver publicados diecinueve volúmenes. A mí me salen nueve mil novecientas cuatro páginas. Es de las cosas más tristes que he hecho nunca, contarlas, porque no parece que haya muchos que hayan escrito diez mil páginas buenas, ni conozco a nadie que quiera leer libros de diez mil páginas.

Para mí, sin embargo, no son más que huellas en una playa. Si echo la vista atrás, apenas reconozco mi vida, pero cuando me la encuentro aquí, más o menos escrita, estos libros me la recuerdan en parte, y tengo para ella una conformidad que no siempre muestro mientras la vivo. Y al ser huellas son también una forma de esperanza.

Me gustaría que vieras estos libros como lo que son, una sucesión de hechos, impresiones y confidencias. «La vida es un ovillo que alguien ha enmarañado. Tiene sentido si está desenrollada y colocada a lo largo, o bien, enrollada. Pero tal como está, es un problema sin ovillo propio», decía Bernardo Soares, pero no podría estar de acuerdo con él cuando asegura que «mi ideal sería vivirlo todo en una novela, descansando de la vida: leer mis emociones, vivir mi desprecio por ellas». Tal y como yo las entiendo, esta novela y mi vida en ella son la misma cosa, y no se puede estimar una y no apreciar la otra. Por eso no puedo ni mentirte ni pedir que me creas, precisamente porque esto casi no es literatura. Ni siquiera estoy seguro de que me guste ser considerado un escritor, aunque lo sea. Es una idea que empieza incluso a disgustarme.

Tengo la sensación de que estos libros se han ido escribiendo por su cuenta, como las flores de las cunetas. La vida es generosa con todos, nos da mucho más de lo que le devolveremos, y lo que nos quita, quitándonos mucho, también lo da. En cuanto a la muerte, conviene vivir de tal modo que cuando llegue tenga que irse con las manos vacías, porque todo cuanto teníamos ya lo hemos dado.

PRÓLOGO ANORMAL

«UNA novela de ficción», «una novela real». «Una verdadera novela de ficción» es como presenta X la secuela «real» de cierta crónica basada en hechos y personajes reales, pero acogida al estatuto de la ficción.

Vida, literatura... La literatura, el arte, tienen sus reglas, pero no la vida. La vida tiene leyes, pero no reglas. En literatura tiene uno la sensación de que sustituimos muchas veces el juego por las reglas, como si el objeto del juego fuera cumplirlas, no el pasarlo bien. Trata uno de que estos libros se parezcan lo más posible a la vida, porque creo que la verdadera literatura, o la que yo entiendo por tal, debiera ser vida también. Por eso no se encontrarán en ellos reglas, lo que me parece que se me ha reprochado algunas veces. A todos nos ha fascinado siempre la imagen del niño jugando a los dados. Es muy exacta. Un niño juega solo, pero no contra nadie, ni tampoco *contra sí*, sino *consigo*, tratando de descifrar las leyes del azar, que son las de la vida también, a menudo inescrutables. No le interesan tanto las reglas del juego (el doble seis gana a un seis y un uno) como las leyes que han hecho posibles el doble seis o el seis y el uno.

Este verano apareció en nuestro jardín un hormiguero copiosísimo de individuos especialmente grandes. Nunca habíamos visto hormigas tan corpulentas, seguramente eran extranjeras y de paso, parecían agitados azabaches con patas. Iban de un lado para otro sin orden ni concierto, despepitadas, como suele decirse. La mujer que viene a ayudarnos en los trabajos de la casa se tropezó con aquel desbarajuste y corrió a decírnoslo: «¿Han

visto el hormiguero que ha salido junto al ciprés de arriba? Están las hormigas como locas, corriendo de un lado para otro, como si no tuvieran maestra». Sin duda le recordó aquel barullo sus lejanos años en la escuela del pueblo.

Estos libros y lo que en ellos sucede van pareciéndose cada día más a un hormiguero, tal es la profusión de tonos, personajes, situaciones, lugares, ideas, paradojas, contradicciones que se recogen en ellos... El caos aparente obedece, no obstante, a unas leyes, y aunque yo me sienta a menudo en medio de esa confusión un poco huérfano, no lo estoy en absoluto. Sé que todos formamos parte de un todo tan luminoso como sombrío, dependiendo de la distancia a la que lo observamos, y que no hay estrella, mirada por nosotros, que sea mayor que una hormiga, ni hormiga que no pueda encarnar «cualquier cosa sorprendente que entre un mono o Platón el hombre pueda ser».

Ha dicho uno desde el primer tomo que estos libros son una novela, sólo una novela, no una novela real o unos diarios novelados, sino una novela, un relato largo, algo a lo que la gente no le dé ninguna importancia como literatura, aunque aspiro a que se la dé como algo que tiene que ver con la vida. Bromeé incluso diciendo que se trataba de dianovelas o novelarios, nectarina de novela y diario. Y algo de baciuelmo tienen.

A estas alturas debiera saber para quién escribo, quiénes son los lectores que se han interesado por estas historias, pero no lo sé. No te pongo cara. A menudo te pongo la mía, pero si puedo, me pongo la tuya. Los lectores que se ríen de las modas ridículas de hoy son pocos; los que lo hagan dentro de ochenta años serán más numerosos; pero los que se rían entonces, dentro de ochenta años, de sus modas serán tan pocos e incomprensidos como los de ahora. Me gusta pensar que escribo para esos pocos que se sienten libres, riéndose un poco de sí y de su tiempo, como niños que juegan.

Sí, aquí está uno en medio del hormiguero, tratando de poner un poco de orden en un sueño que igual no lo necesita. ¿Dónde se han visto sueños con planteamiento, nudo y desenlace?

Aquí me tienes, pues, un año más, tan ficticio como siempre, con esta desinteresada novela a cuestas, esa que algunos, negando que lo sea, acaban tomándosela más en serio que yo mismo, como si fuera la pura y verdadera realidad... Y tienen razón, también yo querría que fuera la pura y verdadera realidad.

¿Qué niño, en su juego, no vive en la pura y verdadera realidad? Porque cuanto más se aleja de las reglas, más cerca está de las leyes.

PRÓLOGO CONFESIONAL

Si por mí fuera, haría libros sólo de prólogos. Los principios sólo se pueden escribir al final, cuando ya está todo claro. Cuanto más cerca estamos del final, más claramente vemos el origen. Si estuviese en mi mano haría también que los siete días de la semana fueran sábado, por quitar a estos pasos perdidos ese aire que a veces se les pone de domingo por la tarde.

No sé por qué digo esto, por qué estoy levantando tamaño falso testimonio de las tardes de los domingos.

Contaría ocho o nueve años. La primera sesión del cine parroquial tenía lugar a las cuatro de la tarde. Habría estado bien que el párroco y el coadjutor que pastoreaban aquella grey de cafres se hubiesen llamado, como en un relato de *El retrato del artista adolescente*, el padre O'Connor y el padre O'Flaherty, pero lo cierto es que sus nombres eran don Ramiro y don Emilio Entrámbamos, pues, todavía de día. Las sesiones, con el *Nodo*, el descanso y los cambios de rollo y algún corte de añadidura eran eternas. Cuando salíamos del cine, en invierno, ya había anochecido, pero aquel día, después de haber visto *Jeromín*, nos encontramos además toda la ciudad sepultada bajo una gran nevada. Fue algo mágico. Mucho más que el cine. No hubo nadie que al salir y ver la escalinata de la iglesia de Renueva y la avenida del Padre Isla y los tejados cubiertos de nieve no quedara asombrado. Veníamos del ruido atronador del cine y salíamos a un silencio sobrehumano. León se había vaciado de gente, los pocos autos de la ciudad (entonces aún muchos los llamaban así) habían dejado

de circular, encerrados en las cocheras, y la luz agonizante del alumbrado municipal lo ensombrecía todo.

La película me había gustado tanto que me pasé fabricando espadas de madera con las cajas de fruta de la tienda de mis padres seis meses, deseando que llegara el verano para montar una naumaquia en el río Bernesga, con la intriga de saber si también yo sería o no un hijo secreto del emperador. Dejando estar elirio para los psicoanalistas, este recuerdo es uno de los más importantes de mi vida, con los copos revoloteando alrededor de las farolas como mariposas sin sosiego, y las escenas heroicas de la película dándome vueltas en la cabeza. La nieve nos llegaba a todos por la cintura, nadie la había pisado todavía. En el camino del cine nuestra casa fui dilucidando a tientas la más peliaguda de las cuestiones, a saber, si eran más dignas de admiración las gestas prodigiosas de la pantalla o aquella nevada no vista en León, dijeron, desde hacía medio siglo.

No ha avanzado uno mucho desde entonces. Aquí seguimos camino de un abrigo, con los recuerdos por la cintura y diciéndonos: ¿mejor la ficción o la realidad?

Ahora sé qué ha estado uno buscando en todos y cada uno de estos libros: salir de ellos, como del cine aquella noche, sin saber qué carta quedarme, y llevando conmigo, por un lado, el sueño de las espadas, del río y del verano, y por otro, la siempre inaudita realidad de la nevada. Que vengan otros a decidir qué tienen de novela o de diarios, qué de película y qué de nieve. Yo sé el más íntimo de mí lo que son, aunque no haya podido explicarlo de un modo convincente hasta la fecha ni convencido a muchos.